

EDIFICIOS DE CELEBRACIÓN CRISTIANA (10)

Padre Pedro José Ynaraja

En el último comentario a las celebraciones cristianas, me referí a señales episcopales. Dejo de lado detalles en este rango, que han desaparecido casi por completo. Recuerdo que la capa que se prolongaba unos siete metros y recogía el "paje", para que no se estropease, debía llevarla enrollada cuando entraba en una catedral en la que el obispo no fuera titular. Añádase la genuflexión antes de besar el anillo, eso sí con la rodilla izquierda, que la derecha le quedaba reservada a la Eucaristía...

Pero estos aparatosos signos no eran, ni son exclusivos de los obispos.

Continúo. El sacerdote debe vestir alba, que, si no luce excesivos adornos, es de una elegancia suprema. Llevar estola, adorno de origen romano, significa que su obrar, lo que está haciendo en aquel momento, es un acto sagrado. No cabe, pues, como he visto alguna vez, llevarla para el rezo del rosario que por más que sea excelente oración, no es una plegaria oficial y pública. Seguramente, en los orígenes de la corbata, encontraríamos la antigua estola, renovada por moda francesa, que la llamé "cravate".

Finalmente, como un "sobretudo", la casulla. Si está bien diseñada, el tejido es ligero y la ornamentación sobria, es de una belleza estética enorme. La que diseñé en mis inicios sacerdotales, todavía hoy me gusta a mí y a los demás y me sorprende gratamente. Ahora bien, recuerdo las horas pasadas estudiando su tamaño y redondez. Me indigna que muchos de los que dicen que quieren volver a celebraciones antiguas, se queden en formas que no lo son y adopten líneas y costumbres propias de épocas decadentes y por ello también, en estética litúrgica, carentes de belleza y, en muchos casos, recargadas por adornos bordados con hilo de oro. Acartonadas y pesadas, en nada se parecen a la elegante casulla original o de corte antiguo. En tiempos en los que se prescindía de la belleza en muchos aspectos, buscando la comodidad del celebrante cuando elevaba sus brazos, se fue esta recortando de tal manera, que más que un elegante capote o poncho, semejaba un simple escapulario monacal (no quería decir que las llamábamos de guitarra jocosamente, pero ya lo he dicho).

Hay dos aspectos de las celebraciones que me parecen injustificables. Uno, al que me refiero con frecuencia, es que para entrar en algunas iglesias, se tenga que pagar. Devotos fieles que van de viaje o que por el motivo que sea quieren entrar a rezar, les dicen que, excepto a la estricta hora de la misa, es preciso pagar entrada. Recuerdo que en el famoso "Mont-Saint Michel", le dije a quien me exigían el ticket, que yo era sacerdote y responsable de cuatro iglesias y en todas se entraba libremente. Me contestaron que aquella era diferente. Con sorna contesté: a lo mejor resulta que en el sagrario de aquí, en vez de Jesús-Eucaristía, está el Espíritu Santo. Tengo por norma no entrar en ninguna iglesia que cobre entrada. Me ha gustado leer que el arzobispo de Santiago de Compostela, asegura que cuando

estén acabadas todas las obras de restauración del edificio, no cobrarán entrada, como tampoco ocurre actualmente. Me imagino, para remachar el clavo, qué pasaría y se escribiría, si para entrar en San Pedro del Vaticano, en Belén, en Nazaret, en el Santo Sepulcro, tuviera que pagarse.

Otro aspecto que considero perverso, es la celebración de la misa con las puertas cerradas con llave. Estando reservada la entrada al grupito de turno, que obra así como si fuera el propietario del lugar. Considero este comportamiento como la piedra de toque, que me indica si se trata de una celebración católica o, pese a creérselo y proclamarlo, actúa con criterios sectarios. (No me estoy refiriendo, evidentemente, a aquellos lugares donde la persecución exige tomar estas precauciones, Sudán, Pakistán, Arabia etc. etc.).

Indudablemente que quienes obran de estas dos maneras que he comentado, legarán a generaciones posteriores, piedras bien conservadas, recuerdos de ritos curiosos, pero los ámbitos estarán vacíos de comunidades cristianas que celebran su Fe.

LA GRAN CARTUJA Y LAS CARTUJAS (y III)

Ignoro el origen de la frase: mete más ruido un árbol que cae, que todo un bosque que crece. Lo recuerdo ahora que me estoy refiriendo a la realidad cartujana. Una realidad a la que cuesta entrar y conocer, que yo mismo me he llevado algún lamentable chasco, no lo ignoro. Ninguna cartuja puede compararse arquitectónicamente con la catedral de Chartres o Notre Dame. Ahora bien, he querido detenerme en el mundo silencioso de los cartujos, como hubiera podido hacerlo con un Carmelo, por el interés e importancia que tienen en la vida de la Iglesia. Y en este aspecto quiero referirme también a mi experiencia personal, cuando ejercía la docencia. En más de una ocasión, acompañé a mis alumnos a centros de interés cristiano. Recuerdo que en la primera ocasión la visita fue a un convento femenino de clausura, al museo diocesano y a las Hermanitas de los pobres. En el primero se lo pasaron bomba, decían ellos. Se habían comunicado con las monjas a través de rejas, tengo las fotografías que les hice. En el asilo les dieron libertad para ver lo que quisieran, mientras los ancianos se lo permitiesen, oí que les decían. Les sorprendió y gusto muchísimo. El museo fue un tostón, contaron. Y se trata del que ocupa el segundo lugar mundial, en arte románico y gótico. Ya he dicho que la experiencia ha sido múltiple y siempre han salido ganando las comunidades contemplativas. He olvidado decir que los chicos y chicas, rondaban los 13-14 años.

La cartuja es de hondo contenido espiritual. Protege y afirma a la comunidad cristiana.

El P. J.A. es un vasco que ingresó en la Compañía de Jesús. Estando en el Congo, descubrió que debía mejorar su vocación misionera y volvió a España, ingresando en Burgos en la Cartuja de Miraflores. Cuando le saludé, se ofreció a enseñármela. Le dije que me interesaban mucho más las personas que las piedras.

Evidentemente, estuvo de acuerdo, pero me indicó que sería mejor que entrásemos al claustro y allí habláramos allí. De esto hace bastantes años, así que sólo recuerdo el interés que tenía por colaborar con la Iglesia misionera.

Es sabido que casi la mitad de los católicos, viven en América del sur y que son comunidades jóvenes. El Papa Juan-Pablo II, consciente de la falta de madurez y del peligro que las acechaba, la inestabilidad debida a la carencia de solera y el acoso de las sectas que EEUU financiaba (recuérdese el informe Rockefeller, 1969-70) solicitó que se establecieran allí monasterios contemplativos. A Argentina se traslado el P. J.A. con alguno otro que no conozco. Sé que la respuesta al requerimiento papal, no la dio exclusivamente la Cartuja. A México fue el P.T, trapense y sacerdote de mi misma diócesis, con el mismo fin de compartir y servir con su plegaria. Pese a la edad avanzada que tienen y las enfermedades que han sufrido, continúan viviendo e intercediendo en ambos países, tanto el cartujo como el trapense. (En sus normas de vida no entra la correspondencia, pero he tenido noticias de lo que hacen ambos, de sus dolencias y de su fidelidad, y por ellos también rezo).

Se dice, ellos no lo dicen, que "la Cartuja nunca se reformó, porque nunca se deformó". La verdad es que yo sólo he visitado tres cartujas, la de los Alpes, la de Miraflores y la de Montealegre, que es la que me queda más próxima. En esta última el P. C. muy metido, según me cuentan, en comprometido ministerio sacerdotal barcelonés en otros tiempos, nos ha atendido maravillosamente, hemos rezado con ellos y visitado su ermita. Pese a que se rijan por las mismas normas, no son idénticas sus costumbres, por lo menos en pequeños detalles que he observado.

Y acabo con el licor Chartreuse. Según cuentan, el mariscal Garnier le regaló la formula a un Prior de la Gran Cartuja. Se trataba de un ELIXIR VEGETAL que, gracias a sus 71 grados alcohólicos, es capaz de conservar las propiedades medicinales de 130 plantas. Me regalaron una botellita que guardo ya vacía, como si fuera una valiosa joya. Evolucionó posteriormente el elixir a los licores actuales, el verde de 55º y el amarillo más dulce y de menor graduación. Que goza de propiedades antiespasmódicas, lo tengo comprobado. Que es el único licor de elaboración totalmente natural y artesanal, envejecido durante dos años en barricas de roble, también lo sé. Su precio elevado responde a estas cualidades. El embotellado, etiquetado y comercialización, lo realiza una empresa independiente.

Habiendo explicado mis contactos y mi admiración por los cartujos y habiendo más de una vez dicho que rezo cada día por ellos, para que sean fieles a su vocación y nos protejan con sus plegarias y ayunos, se comprenderá que el licor del que vengo hablando, sea para mí una acertada rememoración. Tiene aroma de Hno. Juan y los cartujos, comentamos al tomar una copita. Lo advierto también cuando invito a quien sea capaz de comprenderlo, a quien sea capaz de agradecer el bien que ellos, los cartujos, nos hacen. No se olvide el poder evocador de los olores y del reflejo condicionado que en uno puedan crear. Y que se tenga en cuenta que el beneficio económico que de él puedan sacar, será ayuda para los monasterios y necesidades

más urgentes. Y por si acaso alguien piensa de otra manera, advierto que no llegaré a consumir más de un cuarto de litro de Chartreuse al año. Que, pese a mi edad y a mis convicciones, tengo pánico al alcoholismo, que tanto daña al individuo y a su entorno, incluido al sacerdote que pueda caer en este vicio, que de todo hay en la viña del Señor. Pero la satisfacción sensorial, aroma y sabor, es sublime, si se tiene en cuenta lo que he contado.